

Frete libertario

Madrid,
18 de enero
de 1938

Número 374

editado por el comité de defensa confederal = región centro

CAMINOS CERTEROS

En la constitución del Frente Antifascista está una de las más firmes garantías de nuestra victoria

Mucho se habla, por todos los sectores antifascistas, de alianzas y de unidad; pero lo primero que es necesario, para que semejantes alianzas --por otra parte, absolutamente indispensables-- puedan sellarse y esa unidad de acción y hasta de pensamiento--que es imprescindible--constituirse, es preciso coincidir, ante todo, en una serie de premisas previas que hagan posible la amalgama en un todo armónico de elementos profundamente dispares, tanto en su contenido como en su finalidad. Y esa coincidencia, esa serie de premisas en las que hay que estar previamente de acuerdo, están, hoy por hoy, en lo que a la cuestión española respecta, reducidas a una sola: necesidad de triunfar. Y ésta, a su vez, se articula en otras varias, todas ellas absolutamente imprescindibles, pero en las que el acuerdo no es tan fácil; nos referimos a los procedimientos a emplear para que la victoria se convierta en una realidad inmediata y prometedora.

Se quiere presentar al Frente Popular como la panacea que es capaz de resolver todas las cuestiones que a los trabajadores de la España leal puedan presentarse; más aún: existe un marcado interés por parte de amplios sectores de la política española en hacer ver que el Frente Popular es la única alianza, la única amalgama posible y hasta lógica para conseguir la victoria. Y en este mismo momento se presenta ya una absoluta disparidad de criterios.

De un lado nos encontramos con el que pudiéramos llamar bloque gubernamental, si bien los elementos que lo constituyen se encuentran en una situación que pudiéramos llamar de "mutua tolerancia" respecto a un gran número de las cuestiones a que deben atender y dar solución, están de acuerdo, absolutamente de acuerdo, a que es dentro del Frente Po-

pular, dentro de la órbita de acción del Frente Popular, donde se han de encontrar y donde se han de articular todas las posibles soluciones de gobierno y de vida nacional.

Por otra parte--y en la escasa medida en que puede hablarse de oposición cuando se viven circunstancias como las que España atraviesa y cuando se trata de referirse a elementos que sienten un profundo desprecio, cuando no una violenta repulsión por todo lo que hace relación a política--, existe lo que pudiéramos llamar sector de oposición, integrado por la Confederación Nacional del Trabajo; por lo que pudiéramos llamar izquierda socialista espa-

ñola y, en general, por todos aquellos elementos que consideran pecado original la convivencia con los grupos burgués-capitalistas y con todo lo que signifique concesiones, de cualquier clase que éstas sean, a la política de "conllevancia", que tan funestos resultados ha dado en la vida pública española y en la vida pública de todos los países cuya historia contemporánea ha llegado a nuestro conocimiento... que son todos.

El primer grupo se inclina por el Frente Popular; el segundo, por el Frente Antifascista. El primer grupo cuenta con la ventaja de tener en sus manos los resortes del Es-

tado; el segundo, con la de estar libre de las responsabilidades que de la obra de gobierno pueden derivarse.

Y en este momento, cuando las posiciones quedan claramente deslindadas, surge la pregunta: ¿Cómo es posible que una alianza político-circunstancial pueda servir para resolver una contingencia social y guerrera de tan amplia envergadura como la que se ha presentado en España? Desde luego, a nosotros--y al decir nosotros, no creemos equivocarnos que lo hacemos en nombre de todo el movimiento libertario y anarquista español--, la respuesta negativa nos parece la única exacta.

El Frente Popular nació para abrir brecha en las Organizaciones político-burguesas, y como tal se dió al arma un temple esencialmente político. Pero ahora no se trata de derrocar a todo un sistema de organización económica y social, que tiene en su haber la gran ventaja que significa el haber moldeado las conciencias a su gusto y medida. Y, si el hombre es un animal de costumbre, hay que reconocer que se ha acostumbrado a una serie de prejuicios, o como se les quiera llamar, del sistema capitalista; costumbre que constituye una gran ventaja a favor del régimen que queremos sustituir por otro más humano y más justo. Y, entonces, las armas de contenido exclusivamente político no nos bastan y hay que acudir a forjar armas nuevas; armas nuevas que sólo adquirirán su temple adecuado en las corrientes sociales que, apartándose de la esfera política, acierten a darle el contenido social revolucionario por el que los proletarios españoles luchan, trabajan, se sacrifican y mueren.

Frente Popular es una consigna. Frente Antifascista ha de ser una realidad palmaria si no queremos que la victoria se nos escape de entre las manos. Que la mayor desgracia que podría sucederle al pueblo español es que, después de vencer al fascismo en los campos de batalla, se encontrase derrotado en el terreno de la economía nacional.

Es en el Frente Antifascista donde únicamente se puede encontrar esa coincidencia inicial y previa que ha de servir para unir firmemente a todos los proletarios españoles. Porque es en el Frente Antifascista donde únicamente encuentran los proletarios españoles las garantías sociales --no políticas-- que les son necesarias para no considerarse chasqueados en sus propósitos.

Los topes abandonan sus madrigueras

El vendaval de los primeros días del movimiento--casi los únicos días revolucionarios, de fe y entusiasmo revolucionarios que en España se han vivido--, arrinconó a todos los sucios topes, a todos los logreros que formaban los más repugnantes estratos de aquella sociedad caduca e injusta. Era natural que desaparecieran de la circulación; el pueblo los conocía y el pueblo era dueño absoluto de sus propios destinos.

Pero el pueblo es, por esencia y temperamento, profundamente ingenuo. Pasados los momentos iniciales, en que sus zarpazos atemorizaron a todos los que tenían por qué temer, volvió a su actitud transigente y bonachona de siempre. Y, en ese mismo momento, los que habían escurrido el bulto habilidosamente en los primeros momentos, asomaron los hocicos a sus madrigueras y, una vez cerciorados de que el peligro había ya pasado, volvieron a reaparecer en la vida pública, temerosamente, discretamente al principio; con mayores pujos cada vez, a medida que se iban cerciorando de que la hora de la violencia revolucionaria había pasado.

Y así hasta los momentos actuales, en que nuevamente vuelven a encontrarse a sus anchas los especuladores, los comerciantes sin conciencia, los arrivistas, los que están dispuestos a medrar a costa del dolor ajeno, los que esperan cualquier coyuntura favorable para caer como cuervos sobre los caídos, los chantagistas, los vividores, los chulos y los rateros. Es indigno que en una sociedad que vive momentos tan intensamente trágicos puedan actuar y desenvolverse cómodamente semejante taifa de indeseables, de gentes que son los mayores enemigos de la victoria; y esto, no sólo porque lo deseen así o lo deseen de otra manera, sino porque, al arrinconar completamente los ideales, están dispuestos a vender a quien sea por mucho menos dinero del que Judas cobró por Cristo.

Aquí tiene una cantera de magníficas actuaciones la Policía antifascista española; que busque y rebusque, pero que no deje un solo rincón por revolver; que muy cerca de ella pululan también esos indeseables que comercian con cosas que deben estar por completo fuera de todo comercio; por ideales revolucionarios, primero; por dignidad humana, después.

Y, si de verdad se decide, quien deba, a dar la batalla a los topes de la nueva picaresca--más ruin, más canalla, más indigna que la que más pueda serlo--, que no se limite a buscar en las esferas estrictamente populares; ahí es quizás donde menos motivos de actuación encuentre. Que mire un poco más alto, dentro de las categorías sociales todavía existentes en la España leal, para vergüenza de los revolucionarios, que allí sí que encontrará múltiples motivos de intervención y un sin fin de gentes a quienes hacer sentir el peso de la ley. Y que se haga así. Aunque a la podrida mercancia la cubra un pabellón que no sea el tricolor de la República Española.

SIN MALA INTENCION

Varias preguntas ingenuas

Hoy damos contestaciones, a ver si tenemos mejor suerte que con las últimas.

¿...?

¡Ah, sí, camarada!

Hay que tocar el elemento mujer. (En el buen sentido de la palabra TOCAR.)

Tened en cuenta que la fuerza del catolicismo se adquirió "incorporando" la mujer al control del confesionario.

¿...?

¡Hombre, todo eso está resuelto!

Nuestras ideas, nuestros hombres, nuestras consignas. Nuestro Partido, nuestra Sindical, nuestros Comités de Vecinos.

¿...?

¡Todo, todo resuelto!

¡Oh, no, camarada!... Eso, lejos de ser incorrecto para nosotros, es uno de los puntales más firmes de nuestra formidable organización. Nada, nada. Y lo que haga la mano derecha, que jamás, ¡jamás!, se entere la izquierda.

Visado por la censura

LA JUSTICIA POPULAR

Ni ampara exenciones ni debe admitir privilegios. La justicia es la primera autoridad dentro de la España proletaria que intenta forjar una sociedad nueva

Los hombres que en la sociedad española ocupaban determinados cargos de gran altura dentro de la órbita de la política nacional, veían respaldada su actuación por una serie de medidas y de disposiciones legales que coartaban la intervención de la justicia cuando esos hombres eran los encartados en la actuación de la justicia misma. Era natural. Se trataba entonces de una justicia venal y acomodaticia, que con frecuencia se vendía al mejor postor, y que siempre estaba abierta a todo género de sugerencias y aun de mandatos de quienes podían hacer pesar su influencia dentro de aquel mundo corrompido. Pero eso era antes del 19 de julio de 1936. Y en aquella época era preciso que así fuese, porque precisamente, en esa traba inicial a la intervención de la justicia estaba una de las pocas garantías que tenían los hombres que en España querían cumplir con su deber.

A partir del 19 de julio de 1936, la impostación de este problema ha variado completamente. Desde el momento mismo en que la Justicia adquirió los caracteres que justifican plenamente su nombre, es decir, desde el mismo momento en que la Justicia se hizo justicia a secas (si le añadimos el calificativo de popular es, más que porque lo necesite, por afán de buscar un índice diferenciador que no deje lugar a dudas), todas esas precauciones que tenían la significación de otras tantas garantías que se ponían a disposición de los hombres que podían temer un atentado sinuoso de las fuerzas plutocráticas que entonces dominaban, pierden su razón de existir. Y hoy no es posible encontrar razón alguna que justifique la supervivencia de las estructuras formularias que tan buen papel desempeñaron en la sociedad burguesa española. Y, además de no existir razón alguna que abone semejantes supervivencias, no existe razón alguna tampoco que sirva para explicar por qué continúan subsistiendo a los diez y ocho meses de guerra, es decir, a los diez y ocho meses de abrirse las compuertas de la nueva organización social española.

Por eso nos causa profunda extrañeza, al par que des-

encanto no menos profundo, la noticia—bien reciente—de que aún es preciso obtener suplicatorio para proceder contra los diputados españoles. Porque todo lo que han ganado esos diputados en su condición de auténticos representantes de las fuerzas auténticamente españolas, lo han perdido también en su condición de seres privilegiados que se encuentran incluidos dentro de las altas esferas del que se dió en llamar “primer Poder del Estado”, es decir, Poder legislativo, admitiendo la clásica división de Poderes de Montesquieu.

En el nuevo Estado será muy difícil hablar de división de Poderes y de prelación entre los mismos; pero, si alguno debe tener preferencia dentro de lo poco admisibles que son las preferencias en la sociedad nueva, ha de ser el que encarné en la Justicia. La Justicia ha de ser la máxima autoridad dentro de la España que estamos forjando. Todo ese cúmulo de bellos ideales por los que lucha el proletariado español, pueden subsumirse en una sola palabra, excelsa y magnífica, síntesis y compendio de todas las otras conquistas que los trabajadores están logrando a costa de tantos sacrificios: JUSTICIA. Por la Justicia ha clamado inútilmente el pueblo español durante siglos; y ahora, cuando la tiene al alcance de la mano, no puede comprender que se le escamotee el contenido íntegro de esa magnífica palabra en nombre de ningún principio que haya sobrevivido al hundimiento catastrófico que los viejos principios de la sociedad española, no menos vieja, tuvieron en aquel amanecer ensangrentado de julio de 1936.

Por esto, por todo esto, es absurdo que

cuya venia sea preciso obtener antes de que la Justicia pueda actuar con completa libertad y con absoluto conocimiento de causa. Por eso es también incomprensible que continúen existiendo hombres—sea cual fuere su condición social y política dentro de los organismos rectores de la vida pública española—que sean, ya que no “tabú” para la Justicia popular, cuando menos privilegiados en relación con sus conciudadanos, en relación

con toda aquella masa enorme y difusa que es de donde precisamente arrancan los poderes que ostentan y en nombre de los cuales pretenden constituir una capillita privilegiada.

No; el cargo que se ocupe, por muy alto que sea, no debe ser nunca una traba para la actuación de la Justicia popular. Y, hoy por hoy, un diputado sólo se diferencia de cualquier otro ciudadano en que tiene una mayor responsabilidad y en que, sobre cumplir con todos los deberes que como ciudadano le incumben, está en la obligación de cumplir con todos los deberes que dimanen del cargo que ostenta. Bien entendido que, cuanto más alto sea el cargo, tanta mayor debe ser la rigidez al exigirle el más exacto cumplimiento de los correlativos deberes.

Porque es que hemos de considerar que el tiempo en que los cargos atribuían sólo derechos ha pasado de una manera definitiva. Hoy, además de atribuir derechos, imponen una serie de amplios y duros deberes que es preciso cumplir con el más elevado espíritu de sacrificio.

Del 9 largo

La cuestión del papel parece que está seriocilla para los diarios de Madrid. ¡Claro que esta cuestión no es problema para nosotros, que somos un modesto Boletín, por obra y gracia del que así nos ha catalogado!

Parece, también, que, para los diarios de Madrid, se agudiza el problema hasta el punto de haber tenido que hacer los muchachos de “Ahora” el esfuerzo de hacer ayer el número que tenían que hacer hoy, por el “pase” de “La Libertad” y “Política”.

Nosotros, desde luego, no creemos que los Poderes públicos tengan abandonada a la Prensa de Madrid, ni mucho menos. Sin embargo, unimos la voz insignificante de este modesto Boletín a las voces potentes de los diarios madrileños, y pedimos papel... para ellos.

Esto, además de ser un acto de compañerismo, tiene un tanto así de egoísta, lo reconocemos. Y es egoísta, porque, de no publicarse diarios en Madrid, forzosamente habría de quedar inactiva cierta simpática dependencia oficial por falta de materia “prima”. Y, la verdad, ¡están los tiempos muy malos!

Como tratan los fascistas alemanes las apertencias irredentistas de los italianos

A propósito de la rabiosa campaña de Prensa desencadenada en Italia contra los franceses, “Las Nouvelles d'Allemagne” se divierten en publicar extractos de la literatura nacionalsocialista referente a los italianos, que nosotros aquí reproducimos:

“A más de la isla de Córcega, Niza y Saboya constituyen territorios a los que Italia no ha renunciado jamás. Saboya, además, es el país de donde procede la casa real de Italia. La población en estos territorios es francesa, aunque en Niza se puede comprobar una gran participación italiana. Y aunque Italia se dé cuenta de que no habrá cambio próximo en lo que concierne a la posesión de estos territorios, mantiene tácitamente sus reivindicaciones... El fascismo se preocupa a la hora actual con una atención muy particular de los italianos del Extranjero... Así será posible que un buen día veamos en territorio francés un irredentismo italiano con todas las consecuencias políticas de los fenómenos de este género. No olvidemos que la Provenza... ¡fue antiguamente una provincia romana!” (Hummel - Siwert, “De Mittelmeerraum”, prefacio del general Haushofer, Heidelberg - Berlín, 1936, pp. 61-63) “Hay cuatro bases navales en la isla de Cerdeña... En el Norte está el centro de las fortificaciones italianas que dominan el estrecho de San Bonifacio entre Córcega y Cerdeña, que tiene una anchura de 14 kilómetros solamente. En Cer-

deña se está en Italia; pero un poco más allá se está en Francia. El irredentismo italiano se hace cada vez más fuerte. Desde Cerdeña se amenaza a Córcega, la isla hermana... No nos ha de asombrar el ver que esta isla situada en la línea de Tolón-Bizerta, a las puertas de Italia, sugiera a los italianos. No nos ha de asombrar el ver que Roma no cesa de hablar de la italianidad de la isla, llanto y reivindicación a la vez...” (M. Boveri, “Das Weltgeschehen am Mittelmeer”, Leipzig-Berlin, 1937; pp. 115, 118 y 194.)

Frente libertario PUBLICA SU DICCIONARIO

BOTIJO.—Tren en el que solían venir a la capital los caciques provincianos, para arreglar los asuntos del pueblo y, de camino, “pegársela” a la “cacica”.

BOTON.—Para muestra, ya hay muchos más del necesario.

BRAVO.—En el buen sentido de la palabra, es aquel de quien se dice que es valiente; pero no es suficiente que lo diga él: tienen que decirlo los demás.

BRAVUCON.—Este es el que lo dice él solo.

BRAZALETE.—¡Je, je!... Procedimiento novísimo de “camouflage”. Hay un surtido variadísimo de modelos; nacionales y extranjeros.

BREBAJE.—Poción infernal que nos sirven “carinosamente” en algunos Establecimientos de bebidas (!)

BRECHA.—Abertura coquetona con que han sido obsequiadas muchas veces las cabezas de los verdaderos revolucionarios.

BRETONA.—¡Recordáis las judías a la idem?

BREVA.—¡No caerá ésa, so tontos!

BREVEDAD.—Facultad exclusiva de resolución de expedientes públicos.

BRILLANTE.—Piedrecita que ha traído de cabeza siempre a las mujeres... y a los hombres, especialmente a los carniceros.

Ingenuo el que atribuya más de un valor episódico a las fanfarronadas de un Franco, a quien las ocho décimas partes del país rechazan, o a los gritos de los navarros, realistas anticuados, a los que no falta más que un rey! La historia tiene leyes ineludibles. Las fantasías moribundas de un Mussolini en declive no podrán cambiarlas. Desde ahora mismo, la República Ibérica se delineará en el mapa de Europa. ¡Adios a la España romántica y salud al pueblo que nace!

Hay botas eternamente lustrosas y otras condenadas no menos eternamente a chapotear el fango de las tinieblas o a pisar el polvo de los caminos. ¡Nunca hubiéramos creído que entre las botas hubiera también castas!